

ción de la realidad a través de la metáfora, de una visión diferente desde la greguería. Fijate en este fragmento de Lorca: «El silencio mordido por las ranas semeja una gasa pintada con lunaritos verdes». Claro que debemos tener en cuenta que la nueva visión nace de un fondo cultural europeo, el de los «ismos».

—Tu primera poesía cuenta con infinitud de elementos provenientes del campo, del mundo rural castellano, pero no es «social».

C. R.—Yo no hablaría de poesía social cuando lo que se quiere decir es poesía política. Todo lo que hace el hombre es social. Lo que se debe comprobar para establecer la diferencia es si se trabaja desde un esquema previo, desde unos principios, o no. Pienso que lo verdaderamente importante en la poesía son los resultados, no los principios.

—¿Qué es la poesía para ti?

C. R.—Algo muy difícil de definir. Es una aventura y al mismo tiempo un control. Creo, paradójicamente, que es una aventura controlada. En ella deben existir zonas conscientes e inconscientes; la relación de niveles entre ambas es decisiva. Hacer poesía es una forma de conocer emocionalmente. Lo que decían los viejos renacentistas: «Intellecto d'amore». Pero, cuidado, no está excluido el odio.

—¿Se puede hacer poesía con odio?

C. R.—No importan las motivaciones, sino el resultado. Además, todo lo que hace el hombre entraña una moralidad. El signo de esta moralidad es cuestión aparte.

—Bajemos de la teoría a la práctica: ¿cómo escribiste? ¿Preferiblemente en el campo zamorano?

C. R.—Empecé a escribir en el campo y mi primer libro —en realidad los tres— están muy enlazados a la tierra. Si se leen con cuidado mis poemas se advertirá que han sido escritos paseando, caminando; el ritmo del caminar se nota en cada verso. Pienso que en esto no soy el primero. El «Yo voy soñando caminos», de Antonio Machado, estoy seguro que ha sido escrito como mis poemas, caminando. ■
EDUARDO G. RICO.

Marx, Bakunin, Lenin

Quizá haya comenzado el momento en que ciertas formas de la historia —la historia narrativa, anecdótica: la

biografía— puedan salir de la guerra fría. Del Marx de Payne publicado el año pasado (1) al de Franz Mehring distribuido ahora (2) hay un abismo. Payne dibujaba a Carlos Marx como un sátiro líbrico, perseguidor de criadas, con las manos llenas de sangre y un innato sadismo de fondo. Franz Mehring, en cambio, si no es marxista de ideología tiene esa gran corriente de simpatía que a veces muestran los biógrafos por sus biografados, como si a lo largo del estudio y la redacción se produjese una especie de identificación. Algo así ocurre en E. H. Carr con su biografía de Bakunin (3), lo que le lleva incluso a imponer un cierto pudor al tratar de algún fragmento esencial del tema, como fueron las relaciones de fondo incestuosas entre Bakunin y sus hermanas, principalmente una de ellas, Tatiana. Está claro que en la famosa y dramática polémica Marx-Bakunin cada biógrafo lleva agua al molino de su personaje... El «Carlos Marx» de Mehring es preferentemente la biografía de sus ideas, de su desarrollo y su acción sobre otros y frente a otros. El «Michael Bakunin» de Carr es, por el contrario, obra más narrativa. Recoge admirablemente ambientes y personajes.

En «Los bolcheviques» (4), Adam B. Ulam hace especialmente una biografía de Lenin, y esa tendencia del biógrafo hacia la simpatía por su personaje es aquí utilizada de una curiosa manera al servicio del anticomunismo del autor: Lenin fue más «ruso» que «comunista», y como fundador del comunismo, su creación no fue nunca puesta en práctica, realmente, como consecuencia de las múltiples traiciones que durante su vida y tras su muerte realizaron los lamentables personajes que dan título al libro, los «bolcheviques», que en la intención de Ulam son como los demonios.

Esta es, en cierta forma, la idea de Moshe Lewin en «El último combate de Lenin» (5), aunque con mayor honestidad informativa. Relata los esfuerzos de Lenin en los últi-

mos dos meses de su vida por orientar el futuro de la URSS, y estima que todo ello se perdió y la historia se fue por otro camino. Lenin pretendía desrutilizar la revolución (y acabar con todos los nacionalismos del Estado soviético), aumentar el internacionalismo, combatir la burocracia creando un aparato administrativo ágil y, finalmente, deponer a Stalin, en quien veía el compendio del nacionalismo y la burocracia. Ese fue su testamento incumplido.

Las peculiaridades históricas del desarrollo económico hispano

Una de las vías de aproximación al conocimiento del actual estadio socio-económico hispano es la que toma como apoyatura básica el estudio de las peculiaridades históricas del desarrollo del sistema en cuestión, en uno de sus posibles cortes sincrónicos, sin que sea necesario explicitar de una manera escolar las conexiones y resortes que entran en acción para posibilitar la transición de uno a otro período, sino simplemente la secuencia estructural e institucional que la motiva. Teniendo en cuenta este planteamiento, la obra del profesor Gonzalo Anes (1) adquiere toda su importancia como sólida contribución al estudio de un período de la historia económica de España en el que no fue aprovechada toda una serie de condiciones favorables a la transformación y el cambio. Ni se formó un capital comercial que ofreciera cobertura a la industrialización, ni se logró fomentar la industria popular, ni se logró poner en práctica los proyectos ilustrados de reforma agraria.

Para el profesor Anes, uno de los más grandes condicionamientos del desarrollo económico hispano es el constituido por la grave tensión provocada por el desigual reparto de la renta agraria y, por tal motivo y en conexión con lo anteriormente anotado, aplica al estudio de la agricultura española del Antiguo Régimen un modelo macro-económico (estructura de la propiedad de la tierra, de las fluctuaciones de la produc-

ción, de los rendimientos, de la productividad, etcétera) de distribución de la renta, como paso previo para el estudio de los contrastes regionales entre las estructuras agrarias.

Tras presentar en una primera parte las fuentes utilizadas como material básico, explicando la metodología utilizada en cada caso, el autor pasa a analizar el enfrentamiento entre la nueva economía de tipo capitalista y las regresivas estructuras institucionales, cuyo desencadenamiento originó el traumático clima que ambientó el transcurrir del siglo XVII.

Durante el siglo XVI los beneficios extraídos del comercio con las Indias, del arriendo de las Rentas Reales, etcétera, fueron canalizados a través del ahorro hacia la agricultura, favorecida por el aumento de la demanda, provocado a su vez por el incremento de la población. El consiguiente aumento del valor de las cosechas dio lugar a que la propiedad territorial ofreciera a la burguesía una provechosa posibilidad de inversión, contribuyendo al des-

arrollo del latifundio y, por lo tanto, a la consolidación del régimen señorial como sistema económico. Sobre este proceso van a incidir dos hechos (el enfrentamiento directo entre agricultores y ganaderos y la puesta en cultivo de las tierras marginales), cuyas consecuencias inmediatas (descenso de los rendimientos medios por unidad de superficie sembrada, incremento de los precios agrícolas y encarecimiento relativo de los alimentos con respecto a las manufacturas) no van a constituir sino los prolegómenos de la depresión del siglo XVII, que presiona, fundamentalmente, sobre las condiciones de vida del campesinado y cuyas secuelas se percibirán más sensiblemente en la España interior, en agudo contraste con la periférica, pese a los esfuerzos desarrollados por la Ilustración a lo largo del siglo XVIII.

En la tercera parte del libro se investiga el auge económico del siglo XVIII en función de sus referencias demográficas y productivas, así como del análisis y contrastación de las fluctuaciones regionales de los precios agrícolas, pasando, posteriormente, al estudio de la acumulación de la renta y el alza global de los precios a lo largo del siglo. La cuarta parte está destinada a investigar hasta qué punto, en el siglo XVIII, se desarrolló una fuerza productiva social del trabajo capaz de dinamizar las necesarias transformaciones (división social del trabajo, comercialización de la agricultura, formación de un proletariado industrial) para la transición del Antiguo Régimen a la denominada sociedad burguesa, dinámica fundamental para la existencia de un mercado interior. Finalmente, Gonzalo Anes organiza todo el laborioso acopio de datos que constituye su libro en un cuadro evolutivo y coherente de la agricultura del Antiguo Régimen, al que se añade una última reflexión sobre el carácter reformista de la Ilustración española, representada básicamente por las Sociedades Económicas de Amigos del País, cuyos frustrados intentos, al no conseguir el necesario cambio institucional (estructuras jurídicas y económicas; formas de asociación en el trabajo; formas de tributación e inversión de los reales ingresos), no lograron desembarazar al país del caparazón de las estructuras agrarias, ni liberarle del círculo vicioso que había representado el período económico de los siglos XVI-XVII. ■ EDUARDO CHAMORRO.

● Hacia finales de año saldrán, editadas por Taurus, «Memorias de esperanza» del general De Gaulle. Será la primera traducción del libro. Las memorias constan de tres tomos: «La renovación» (mayo de 1958 a julio del 62), «El esfuerzo» (julio del 62 a diciembre de 1965) y «El término» (hasta abril de 1969).

● Noticia es también la edición íntegra de «Los complementarios», de Antonio Machado, que prepara Taurus Ediciones.

● Con la «reentré», proyectos editoriales. En Madrid, una nueva editorial, Helios, alentada por José Esteban, que reeditará a Carranque de Rios. En Barcelona, varias editoriales (Lumen, Edhasa, Anagrama, Barral, Península...) estudian el lanzamiento de una nueva colección de libros de bolsillo. Se trata, en principio, de reediciones de Vargas Llosa, Cortázar, Joyce, L. Durrell.

(1) Robert Payne, «Marx», Editorial Bruguera, S. A. Barcelona.

(2) Franz Mehring, «Carlos Marx», Grijalbo, Barcelona-México, 1968. Tercera edición.

(3) E. H. Carr, «Michael Bakunin», Grijalbo, 1970.

(4) Adam B. Ulam, «Los bolcheviques», Grijalbo, 1969.

(5) Moshe Lewin, «El último combate de Lenin», Editorial Lumen, colección «Palabra en el tiempo», Barcelona, 1970.

(1) «Las crisis agrarias en la España moderna», Gonzalo Anes. Premio Taurus para Libros de Ensayo 1967. 517 páginas. Taurus Ed. 1970.